

En este libro Daniel H. Cabrera, profesor de Estructura de la Comunicación y de Teoría de la Comunicación en la Universidad de Zaragoza, reúne diferentes ensayos publicados en revistas nacionales e internacionales, con el objetivo de ampliar y profundizar el razonamiento, ya esbozado en *Lo tecnológico y lo imaginario. Las nuevas tecnologías como creencias y esperanzas colectivas* (2006), alrededor de la relación que se ha venido estableciendo entre la sociedad contemporánea y las nuevas tecnologías, bajo el signo de una interdependencia que parece haber suplantado la antigua esperanza teologal en aras de un futuro de facilidades y conectividad universal pregonado por los gurús del *marketing*: «Los aparatos tecnológicos no son nada sin las promesas que los acompañan» (p. 38). Los textos de Cabrera entonces, con respecto al volumen *El lectoespectador* de Mora, se presentan como la otra cara de la medalla del optimismo esgrimido por el escritor cordobés y centran sus reflexiones no en las posibilidades que el entorno tecnológico ofrece al individuo sino más bien en las renuncias que implica, levantando así dudas y dilemas de carácter ético que quizás convendría barajar a la hora de sumarse a la descabellada carrera hurdida por quienes solo miran hacia la línea de un horizonte alumbrado por el progreso.

La idea de una colectividad propulsada por unos ensueños latentes en ella y alimentados por los *mass media* —«La sociedad vive una ensoñación cuyas imágenes y símbolos son diseñados y producidos en y a través del sistema de comunicación social» (p. 26)— y víctima de un irracional imperativo tecnológico que

la obliga a una renovación y a una conexión constantes es el fulcro que le sirve al autor para resquebrajar la superficie pulida del discurso dominante, el cual ensalza los conceptos de ilimitación, movilidad y velocidad, negando sus contrarios. A partir de tales presupuestos, la perfecta concreción de la sociedad líquida fotografiada por Bauman, según Cabrera, sería el teléfono móvil, ya que este se yergue como metáfora de la libertad total, pero al mismo tiempo se convierte en puntual instrumento de vigilancia bajo el lema: «sé libre, muévete por donde quieras porque donde vayas estarás localizable» (p. 56). Se pasa así de las sociedades disciplinarias de Foucault —caracterizadas por la opresiva presencia de espacios cerrados— a las impalpables sociedades de control anunciadas por Deleuze. Además el móvil, en tanto que dotado de Internet y por ende transformado en la terminal de una red, se presta a poner de manifiesto el giro radical experimentado por el individuo a la hora de comunicar: antes, lo más relevante de una comunicación eran las informaciones intercambiadas, mientras que ahora el hecho fundamental es la sensación de estar en contacto con alguien, sin que esto recaiga necesariamente en la relevancia de los datos en circulación.

La apuesta por un mundo hiperconectado y en perenne huida hacia adelante comporta obviamente un coste difícil de cuantificar pero que podría representarse a través de la imagen de la escoria o residuo —concepto ya elaborado por Baudrillard en su anatomía de la sociedad de consumo— que comprendería tanto los individuos desconectados, imposibilitados a la

movilidad, como las muertes provocadas por la imparable trayectoria ascendente del desarrollo —eufemismo que ha sustituido el mantra del progreso— que es fruto de una visión típicamente cristiana y occidental. Por este motivo Cabrera regresa a Walter Benjamin y a su concepción del pasado y de la Historia como posibilidad para el hombre de volver a escudriñar sus errores y enmendar las injusticias, rehuyendo de un futuro amnésico e inicuo.

Pero a un residuo físico corresponde también, según una lectura histórica del devenir humano, un residuo de carácter psicológico que se oculta y se estratifica a lo largo de las épocas en las profundidades de la sociedad para luego forjar el imaginario del ser humano a partir de la mezcla de dos compuestos heterogéneos: el *mundus* —que sería simple repetición de arquetipos— y el magma —favorecedor de una dimensión creativa—, ambos sujetos a la manipulación de una visión hegemónica que, considerando el futuro como una obligación positiva y un objetivo apremiante, tiende a excluir de su obsesiva cantinela el concepto de riesgo, bajo cuyas sombras se gestan los miedos de una colectividad consciente de que el mundo de la tecnología es “otro” con respecto al humano y que allí, como pasó con el Golem del Rabí Loew o con los replicantes de Blade Runner, es imposible cualquier intento de control o predicción: «El miedo a la tecnología consiste en pensar que es posible que el hombre sea desterrado del *mundo de la máquina*. [...] Con la tecnología se crea un nuevo espacio, un mundo hostil emerge allí donde había armonía» (p. 131). Este temor, subraya Cabrera, es especular al recelo experimentado por el Sistema frente a la hipótesis de detener su avance y mirar para atrás.

En la óptica de una acción destinada a repercutir en el futuro, el autor del libro considera que la educación es un ámbito clave y entonces, yendo más allá del simple empleo didáctico de las tecnologías o de las habilidades que hay que desarrollar para saberlas usar en un contexto laboral, se interroga

sobre el tipo de sociedad que, hoy en día, la academia está contribuyendo a plasmar y pone como paradigma de este nuevo rumbo el Espacio Europeo de Educación Superior, un hipotético perímetro de confrontación y de libre difusión del saber —basado en la movilidad y la velocidad— que, al amparo de las declaraciones de la Sorbona (1998) y de Bolonia (1999), parece más pendiente de las preocupaciones económicas que de las estrictamente culturales y se configura como un patrón a seguir para la circulación de la moneda del conocimiento, cuyo valor quizás podría fijarse a partir de los “créditos” otorgados en cada examen, una suerte de “euros” de la sabiduría acuñados en las aulas. Esta adecuación al voraz modelo económico consumista favorecería además el surgir de «trayectos vitales inacabados e individuos endeudados. Sociedades donde “nunca se termina nada” y que se materializan en la llamada “evaluación continua” y la “formación permanente”» (p. 167).

El volumen se cierra luego con dos ensayos dedicados a deslindar, respectivamente, los términos «significaciones imaginarias sociales» y «tecnologías de la información y la comunicación» que probablemente hubiese sido mejor poner al comienzo de la recopilación —y no considerarlos casi como anexos en que desglosar dos expresiones a las que se recurre de forma reiterada— porque de este modo el lector hubiese podido manejar con propiedad y atino dos conceptos fundamentales, con plena conciencia de las implicaciones imbricadas en cada uno de ellos, ya que habría resultado sumamente útil saber con antelación que las «significaciones imaginarias sociales» —o «imaginario»— son un campo de fuerzas donde lidian tensiones adscribibles a la memoria, la utopía, la esperanza y la ideología; y, de la misma manera, hubiese sido recomendable circunscribir de antemano el campo de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación como resultado «de la convergencia de la informática (máquina y *software*), la microelectrónica, las telecomuni-

caciones y los medios de comunicación de la optoelectrónica. La informática en tanto técnica del *tratamiento de datos* o información, las telecomunicaciones referidas a las *redes de comunicación*, y los medios electrónicos a las tecnologías de *transmisión y recepción de imágenes*» (p. 193), advirtiendo además que «en su nombre se organizan las significaciones imaginarias del futuro y las promesas, la descripción de lo que no

existe pero “llegará”, el destino inevitable de todos los que vivimos en esta sociedad, un conjunto de creencias que requieren confianza y fe. Como todo nombre propio abre una posibilidad de generación ilimitada de significaciones porque es un *nombre vacío* aplicable a múltiples herramientas, procedimientos, usos e impactos tanto objetuales como sociales, presentes y futuros» (pp. 194-195).